

NOTA CRÍTICA

EDUCACIÓN PÚBLICA EN LA FRONTERA MÉXICO- ESTADOS UNIDOS

Jorge A. Bustamante *

LAS economías del mundo se mueven al son de un nuevo ritmo llamado “globalización”. La producción se integra traspasando las fronteras al compás del Just in time. Aquella noción de perfección que las consejas populares le daban en exclusiva sólo a Dios, se ha cotidianizado como norma no sólo alcanzable sino exigible a los obreros en nombre de la “Calidad total”. “Globalización”, “Justo a tiempo” y “Calidad total” son conceptos sin cuyo entendimiento no es posible participar eficazmente en el mundo de los mercados internacionales. Se trata de un nuevo mundo. Muy diferente a aquél en donde el sello de la individualidad artesanal quedaba impreso en la variación entre producto y producto. La lógica que nos llevaba a aceptar que cada producto era una creación y que su mérito estaba en que no hubiera otra pieza igual, ha salido de la vida cotidiana de las mayorías para sólo quedar en el consumo de super lujo. “La lógica de producción para los mercados internacionales ha rebasado no sólo la artesanal, sino la producción en serie, para llegar a una en que la premisa básica es producir con cero errores. Sólo así pueden encajar las partes que requiere la “fábrica global”; la de productos cuyas partes provienen de muchos países. Esta fábrica que hace sólo unos años habría pertenecido a la ciencia ficción, donde ya no hay obreros que produzcan “todo”; sólo los hay que producen “partes”. Donde el “todo” como producto se ha transnacionalizado. Las etiquetas de “Hecho en México” o “Made in USA” o “Made in Taiwan”, son cada vez menos ciertas. La “globalización” parece haberse tragado a la identidad de origen de las mercancías, sugiriendo escenarios ominosos respecto a las identidades nacionales de sus productores.

No intento hacer una alusión nostálgica. Sólo quiero destacar que entramos en una nueva experiencia llamada globalización de la producción y del comercio, sin que los sistemas de educación pública nacionales se desplacen con el mismo ritmo. Poco hemos avanzado desde que Emile Durkheim propuso a la escuela como el mejor instrumento de cohesión de una sociedad nacional en busca de la conciencia colectiva propia. No hemos acabado de hacer en la escuela

* **Jorge A. Bustamante.** Presidente de El Colegio de la Frontera Norte. Conferencia Inaugural de la Reunión Bilateral sobre Educación México-Estados Unidos, celebrada en Ciudad Juárez el 7 de octubre de 1991.

a los ciudadanos nacionales, cuando ya nos llaman los mercados para hacerlos internacionales. Japón ya lo está haciendo como una estrategia expresa de formación de ciudadanos del mundo, mediante la compra de aproximadamente una docena de universidades en Estados Unidos. No sugiero que esta tendencia sea buena o sea mala. Sólo señalo que está sucediendo con reclamos que demandan congruencia. ¿Estaros o no de acuerdo con seguir una tendencia globalizadora de la producción? Si estamos de acuerdo, no podemos seguir educando a nuestros estudiantes como antes. Si no estamos de acuerdo con la tendencia globalizadora de la producción y del comercio, tendremos que hallar pronto la manera de aislarnos del curso de los tiempos. Más absurdo aún sería que siguiéramos como estamos.

No dudo que nadie aquí esté de acuerdo con la necesidad de hacer reformas educativas; la pregunta es ¿qué tan lejos y qué tan pronto? La respuesta parece inescapable: tan lejos como querramos que se extiendan los límites de nuestros mercados y tan pronto como nuestros productos o servicios estén listos para acceder a ellos. Lo que no podremos hacer es globalizar nuestros mercados sin globalizar los programas de enseñanza, ni de los niveles de calidad ni de los sistemas de evaluación. No podremos aspirar a competir en los mercados internacionales si nuestros estudiantes no pueden competir en niveles de conocimiento en matemáticas, física, química o biología con los estudiantes de los países con los que deseamos asociarnos para la producción o con los que queremos competir. No podremos competir en los mercados internacionales si seguimos produciendo por año a 4.3 ingenieros y científicos por mil individuos de la población económicamente activa, mientras que en Estados Unidos y Canadá se producen 33 y 22 por cada mil, respectivamente. Éste es el momento de plantearnos qué debemos reformar para hacer nuestra educación básica y en todos los niveles, competitiva con la de Estados Unidos y Canadá. Es de lógica elemental que las reformas educativas tengan que ir tan lejos como querramos que lleguen nuestros productos. No podremos llegar más que a la esquizofrenia, si queremos globalizarnos en la producción, pero no en la enseñanza. La esquizofrenia es mal de los pueblos cuando éstos pretenden vivir dos realidades diferentes. No es lógico que aspiremos a competir internacionalmente en la producción sin que nos pongamos a competir también en la educación.

Cierto que hay un Plan Nacional de Desarrollo en el que se reconoce que la modernización económica está condicionada por una profunda reforma educativa. Ciertamente hay un Programa para la Modernización Educativa y Programa Nacional de Posgrado que rige las actividades de la Coordinación Nacional para la Planeación de la Educación Superior (CONPES). La pregunta que nos debemos hacer

quienes trabajamos en el sector educativo es si estos programas producen resultados comparables con la velocidad y extensión a los cambios en la estructura de nuestras exportaciones. No estoy sugiriendo que la educación superior mexicana deba producir ingenieros y científicos con la misma velocidad con la que la cerveza Corona ha conquistado mercados en Estados Unidos. Es sabido que son necesarios de 22 a 24 años de educación formal para preparar a un científico. La pregunta válida es, con todos los programas de modernización educativa existentes, ¿cuántos estudiantes estamos admitiendo en los programas de posgrado en el país y con qué nivel de calidad? La respuesta a esa pregunta debería ser confrontada con los avances de la modernización productiva del país. A juzgar por los resultados del padrón de programas de nivel de maestría que hizo recientemente el Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología (CONACYT), la respuesta está lejos de ser satisfactoria.

La importancia de que seamos autocríticos y propiciemos la evaluación externa de nuestros avances, adquiere relevancia en una reunión como ésta. Quizá deberíamos empezar por un concepto. Propongo a nuestros colegas estadounidenses que partamos del concepto de que las asimetrías en la educación tecnológica y científica entre México y Estados Unidos perjudican no sólo a México. También perjudican a los intereses de Estados Unidos como nuestro socio comercial. La premisa principal detrás de esta afirmación es que, si para Estados Unidos es de interés nacional buscar un Tratado de Libre Comercio con México con el objeto, entre otros, de competir ventajosamente en los mercados del mundo, tendrá que ser de su interés que los mexicanos incrementen el nivel de competitividad para aproximarse al de Estados Unidos. Si estamos convencidos de ambos lados de la frontera que una condición necesaria para que se incremente tal competitividad es que produzcamos más ingenieros y científicos y se realice más investigación científica y tecnológica, la conclusión lógica sería que es de interés para Estados Unidos contribuir a que México reduzca sus diferencias con Estados Unidos en materia de desarrollo científico y tecnológico. Con esta lógica, debería ser de interés para Estados Unidos asociarse con nosotros, no sólo para producir y comerciar juntos, sino para educar y producir a los ingenieros y científicos mexicanos que vayan reduciendo esas asimetrías. En otras palabras, partamos juntos de la noción de que la cooperación internacional que recibamos de Estados Unidos para reducir las asimetrías en el desarrollo de la ciencia y tecnología no es una “ayuda externa hacia México”, sino una estrategia de nivelación regional entre los países que nos hará, a los dos juntos, ser más competitivos en los mercados internacionales. Los expertos ya habrán caído en cuenta de que esta noción que propongo como punto de partida en nuestras conversaciones bilaterales sobre cooperación

para la educación no es original. Es precisamente la noción de la que han partido los países de la Comunidad Económica Europea para la creación de "fondos comunitarios" aportados por todos los países miembros para nivelar las asimetrías en el desarrollo de ciencia y tecnología de los países más débiles como Portugal, Grecia o España. Es la noción de la que ha partido la creación de programas como Eureka, Erasmus, Sprint y Tempus.

Como sabemos, se ha dado un gran paso en la concertación de una cooperación bilateral al crearse por los gobiernos federales respectivos la Comisión México-Estados Unidos para intercambio educativo y cultural. Se trata sin duda de un paso trascendente y en la dirección correcta. Se trata de un instrumento que podrá ser utilizado para iniciar un avance concertado en la integración de la educación técnica y científica. Sobre todo si partimos de la premisa de que la educación es un servicio especialmente en sus niveles más altos de preparación de recursos humanos y de investigación técnica y científica. Podría entonces pensarse en una integración de estos niveles de educación como un servicio que siga la lógica de la integración de los mercados de producción y de comercio.

En efecto, podrá cuestionarse esta idea de integración respecto de la educación pública que el Estado mexicano se ha comprometido constitucionalmente a proveer a los mexicanos, pero en el caso de la educación superior, particularmente la científica y tecnológica, tal limitación constitucional no sería aplicable. ¿Por qué no pensar entonces en la integración de programas de posgrado entre dos o más universidades de ambos lados de la frontera, que culminaran con grados expedidos conjuntamente por estas universidades? Es obvio que ésta no sería una tarea fácil. El principal obstáculo para hacerla mínimamente factible es la asimetría de niveles de desarrollo entre las universidades de uno y otro lado. El segundo obstáculo está en las incompatibilidades en requisitos, procedimientos y sistemas. Yo llamaría al primer obstáculo de carácter estructural y al segundo de carácter burocrático. Es muy posible que el segundo sea de dimensiones más dramáticas que el primero; sin embargo, el primero es el que podría tardar más tiempo en resolverse. Ninguno de los dos pertenece a la categoría de lo inamovible o imposible de modificar. En realidad, se podría encontrar ahora a algunas instituciones mexicanas de educación superior cuya distancia de niveles de calidad académica no es muy significativa respecto de los niveles de calidad promedio del lado estadounidense. Porque sé que esto es así, me pregunto si no debería dedicarse una parte de los fondos de la Comisión México-Estados Unidos para el intercambio educativo y cultural a financiar programas de integración bilateral de formación de técnicos y científicos en el nivel de posgrado.

Esta integración puede concebirse en varias etapas. La más elemental sería la de diseño y ofrecimiento de cursos de niveles de diplomado, en los que se probará la capacidad de los profesores de las instituciones respectivas de ambos países para una tarea conjunta de enseñanza en la que sería indispensable que los profesores y alumnos fueran capaces de hablar y escribir en el mismo idioma. Sin una auténtica tarea conjunta de enseñanza no se estaría en presencia de un ejemplo de integración, sino de un caso tradicional de cursos con profesores visitantes. Una siguiente etapa podría ser la de un curriculum integrado en el que los estudiantes avanzados de ambos países pudieran tomar cursos indistintamente en la institución mexicana o en la estadounidense, hacia grados otorgados unilateralmente por cada institución participante. Una etapa final o más avanzada sería la de un programa de nivel de maestría o de doctorado en que los estudiantes pudieran tomar cursos indistintamente en cualquiera de las instituciones participantes y el grado académico se expidiera conjuntamente.

La conceptualización de estos niveles permite tomarlos como objetivos subsecuentes o como objetivos separados. Mi propuesta es que se adoptara como un objetivo de la Comisión Bilateral, apoyar financiera o institucionalmente los programas de integración de programas de formación de técnicos y científicos de alto nivel, que fueran presentados por instituciones de educación superior debidamente acreditadas ante sus respectivos sistemas educativos nacionales, para alguno o varios de los niveles antes mencionados. Por apoyo institucional se debería entender el apoyo de los respectivos gobiernos federales para resolver los obstáculos de incompatibilidad de tipo normativo que pudieran interponerse ante una propuesta académicamente viable de carácter conjunto.

La aventura de colaboración bilateral a que nos ha convocado el secretario Manuel Bartlett nos compromete a ser imaginativos, pero también realistas. Nuestros respectivos sistemas educacionales pertenecen a dos mundos verdaderamente distantes en sus premisas organizacionales básicas. Como se sabe, el estadounidense se caracteriza por una descentralización que coloca las decisiones educacionales operativas en los intereses y los recursos locales. Nuestro sistema coloca la mayor parte de las decisiones educativas en estructuras centrales. No es que uno sea bueno y el otro malo. Ambos se justifican en sus propias historias. El hecho es que son muy diferentes. Tales diferencias no nos deben desanimar para emprender una aventura de colaboración entre los dos países. Sólo que nuestros ánimos de encontrar la colaboración bilateral quizá deben ser precedidos por una pausa para reflexionar sobre las diferencias. Al analizarlas parecería que son más profundas conforme se trata de niveles educativos más básicos o elementales. Los

son menos conforme uno se acerca a los niveles superiores. Parecería haber menos distancia entre los sistemas que se requieren para hacer un ingeniero en cada país, que para educar a sus respectivos niños. Habría que empezar por tomar en cuenta las diferencias en lo que las respectivas constituciones definen como el papel del Estado en la educación básica. Si estas reservas están en la dirección correcta, quizá nos lleve menos tiempo encontrar las vías de colaboración en los niveles de educación superior. Es indudable que ahí hay un reto para los dos países en aspectos tan fundamentales para los respectivos intereses nacionales, como lo es la competitividad internacional en ciencia y tecnología. Es ahí donde la lógica de la integración de nuestras economías nos debe llevar a reducir las asimetrías en la producción de ingenieros y científicos, que hagan a esas economías competitivas en el contexto de la globalización de mercados.

Es muy probable que tengamos que convencer a menos gente en cada país si queremos cambiar algo en los niveles superiores que en los niveles básicos de nuestros respectivos sistemas educacionales, como resultado de estas reuniones. Lo que es seguro es que tendríamos que cambiar algo de nuestros respectivos sistemas si deseamos que cristalice aquello en lo que nos pongamos de acuerdo en esta reunión. Ya lo hemos hecho antes mexicanos y estadounidenses en numerosas ocasiones, aun ante las más adversas circunstancias. La vecindad geográfica nos obliga a buscar fórmulas de convivencia a pesar de nuestras diferencias. Hace poco más de cien años los habitantes de Ciudad Juárez veían con angustia cómo las aguas del Río Bravo eran consumidas río arriba y el caudal que llegaba a la frontera era cada vez más exiguo. Sus quejas llevaron al gobierno de México a buscar la concertación de una solución bilateral para la distribución de las aguas del Río Bravo. El gobierno de Estados Unidos aceptó buscar una solución, y ambos gobiernos nombraron a sus respectivos representantes para buscarla. El primer acuerdo entre los dos gobiernos para este efecto fue que tales representantes fueran ingenieros. Seguramente esos ingenieros a los que cada gobierno les había encargado tarea tan delicada como la distribución de un recurso vital, habían ido a escuelas primarias con sistemas muy diferentes, no sólo en sus características organizacionales, sino en sus valores culturales y en su idioma, además de sus respectivos sistemas métricos. Unos medían en pulgadas y los otros en centímetros. Sus diferencias culturales eran enormes; sin embargo, la ingeniería no es ni mexicana ni estadounidense sino una igual en todos lados. Fueron tan exitosos esos ingenieros de ambos países en ponerse de acuerdo para resolver el problema del agua de Ciudad Juárez, que de la práctica de sus acuerdos surgió la Comisión Internacional de Límites y Aguas (CILA) que acaba de cumplir cien

años hace poco. Desde entonces sus respectivos representantes titulares son ingenieros con rango de embajadores. No voy a concluir proponiendo que dejemos las relaciones bilaterales en manos sólo de ingenieros, pero sí que tomemos una lección de pragmatismo de tal ejemplo de concertación exitosa. Ser pragmático no tiene por qué estar reñido con el respeto mutuo por las respectivas diferencias culturales. Los ingenieros mexicanos del CILA siguen midiendo en centímetros y kilómetros como aquéllos que se encontraron por primera vez con sus colegas de Estados Unidos no muy lejos de donde estamos ahora, hace más de cien años. Integraron sus objetivos sin claudicar de sus respectivas identidades culturales. Ya que nos reunimos en Ciudad Juárez, propongo que sigamos su ejemplo.